

Comunicado de los Obispos del SEDAC

Al término de la reunión del Consejo de Presidencia del SEDAC (Secretariado Episcopal de América Central), en el mes de agosto pasado, el Consejo emitió un COMUNICADO en el que los Obispos expresan su solidaridad con las justas aspiraciones de los pueblos de Centroamérica, a raíz de la situación vivida en los distintos países del área.

El texto del comunicado es el siguiente:

Reunidos en nombre de Cristo, nosotros, Arzobispos y Obispos provenientes de los países centroamericanos y de Panamá, participantes en la Reunión Ordinaria del Consejo de Presidencia del SEDAC, queremos manifestar a los pueblos de los que somos Pastores y a todos los hombres de buena voluntad, lo siguiente:

1°. Que damos gracias a Dios, fuente de todo bien, por la visita sin precedentes que hace pocos meses realizó a nuestro país Su Santidad Juan Pablo II.

Su amor de padre, su generosa entrega a esta porción del rebaño universal puesta por Cristo bajo su pastoreo y su luminosa enseñanza en la que se manifiesta su profundo conocimiento de la realidad de nuestra Iglesia y Sociedad, deben seguir inspirando todo esfuerzo encaminado a la búsqueda de verdaderas soluciones para los graves conflictos que desgarran internamente a nuestras naciones y ponen en peligro la paz internacional.

Hasta la Roma de Pedro y Pablo le hacemos llegar el testimonio de nuestra gratitud filial y nuestros votos fervientes porque Cristo lo guarde por muchos años más al frente de su grey.

2°. Al finalizar la realidad de cada uno de nuestros países, constatamos la dramática incidencia, en la mayoría de ellos, de situaciones como las siguientes: virtual estado de guerra civil; graves perturbaciones políticas, económicas y sociales, producto, las más de las veces, de flagrantes e inveteradas injusticias y de ideologías disociadoras que, aunque de signo diverso, son igualmente inhumanas y deshumanizantes.

Sufren igualmente nuestros pueblos por causa de la intromisión de potencias extranjeras, venidas en apoyo de cuantos dentro de los países responden a sus intereses, las más de las veces ajenos y contrarios a los de las grandes mayorías.

Consecuencias de la realidad anteriormente descrita son los asesinatos a sangre fría, una cadena interminable de venganzas, un irrespeto absoluto por la vida y la dignidad de la persona humana y como resultado de la violencia desatada, millares de desplazados, refugiados, encarcelados y desaparecidos. Por todas partes se fomentan odios irreconciliables, divisiones abismales, supresión arbitraria de libertades y garantías

individuales, desinformación, destrucción inmisericorde de bienes y servicios y el consiguiente empobrecimiento general.

3º. A nivel internacional, el panorama es igualmente sombrío debido al nerviosismo que causa la posibilidad de que se desate una guerra abierta que cubra de dolor y destrucción toda la subregión.

Se acelera la militarización, las naciones se preparan febrilmente para la guerra con grave detrimento de las actividades productivas, crecen las tensiones, menudean las acusaciones, son cada vez más frecuentes los incidentes fronterizos, mientras, como consecuencia de tal estado de cosas, aumenta la miseria y se hace cada vez más ominoso el riesgo de intervenciones foráneas.

4º. Pero no todo son sombras en esta Centro América donde tantos millones de hombres tenemos cifrada en Cristo nuestra esperanza y veneramos filialmente a María, madre de Dios y princesa de la paz.

La inmensa mayoría de cuantos pueblan nuestro istmo se sienten solidarios de sus hermanos, detestan la guerra y suspiran por la paz, van reconociendo cada vez más la imperiosa necesidad de relaciones de mayor justicia entre individuos y grupos cansados de vivir bajo regímenes que les han expoliado sistemáticamente de sus derechos, exigen cada vez con mayor fuerza que se les dé oportunidad de decidir democráticamente sobre su destino histórico.

Haciendo nuestras tan justas aspiraciones:

4.1. Nos dirigimos en primer lugar a los grupos en pugna dentro de nuestros países, para pedirles en el nombre de Dios que pongan fin a la violencia y se abran a un diálogo honorable y civilizado. Ya es mucha sangre que se ha derramado, ya son muchos los sufrimientos a que se ha sometido a millones de inocentes criaturas, ya es intolerable la destrucción que se ha causado.

Llegó la hora de poner término a tanta insania para que prevalezca la voz de la razón y sobre el fundamento del amor y la justicia, la verdad y la libertad pueda construirse la paz.

Deben remover las causas generadoras de los conflictos como lo son en unos el afán desmedido de riquezas, influencia y poder, con la consiguiente indiferencia ante la miseria de miles de compatriotas, pero como lo son en otros su dogmática insistencia en la lucha de clases, pródiga también en violencia, generadora de nuevas formas de represión e incapaz, como se viene demostrando, de instaurar una auténtica justicia social.

Sin una auténtica conversión de unos y otros a Dios, Creador del hombre y al hombre, imagen de Dios, la situación, lejos de mejorar, se agravará hasta hacerse insostenible.

4.2 Conscientes de que el bien común debe encontrar a través de la libre y soberana decisión de los pueblos su realización, pedimos a quienes detentan el poder político y militar que respeten el sagrado derecho de los pueblos a darse el tipo de gobierno que desean, a través de elecciones absolutamente libres de toda coacción o manipulación. Quienes creen estar seguros de contar con el apoyo del pueblo, denle la oportunidad de manifestarlo así ante la propia nación y ante el mun-

do. Pero si se lo impiden, es porque temen su veredicto, con lo que se exhiben como enemigos de la libertad.

4.3. A las potencias y fuerzas ideológicas foráneas, contrarias políticas y militarmente a nuestros valores culturales que interfieren en Centro América, les demandamos que no lo hagan, para que sean nuestros pueblos, sólo ellos, quienes diriman sus conflictos, superen sus diferencias y enfilen sus derroteros hacia la ansiada meta de la paz.

Debe existir, eso sí, ahora y en el futuro, absoluta garantía de que todas salen. De lo contrario, la intervención de una justificará automáticamente la intervención de otra y así el logro de una paz estable se hará cada vez más difícil en nuestra región.

Dicho lo anterior, y anunciando desde ahora nuevas orientaciones nuestras durante los meses venideros, invitamos a nuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos a ser signos e instrumentos de unidad y comunión, misión esencial y quehacer permanente de la Iglesia, ya que como dice Su Santidad, Pablo Sexto, "si el Evangelio que proclamamos aparece desgarrado por querrelas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y la Iglesia e incluso a causa de sus distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas ¿cómo pretender que aquéllos a los que se dirige nuestra predicación no se muestren perturbados, desorientados, si no escandalizados? (Evangelii Nuntiandi, n. 77).

Al concluir nuestra reunión y tocados en lo más hondo de nuestro espíritu por la plegaria de Francisco de Asís, elevamos nuestra súplica ferviente a Jesucristo para que a nosotros, a los políticos, a los gobernantes y a todos los habitantes de nuestras naciones, nos hagan instrumentos eficaces de su paz, aquella que El nos trajo del seno de su Padre.

Que María, Madre de Dios y Madre nuestra, para quien nuestros pueblos profesan tan tierno amor y filial devoción, acompañe su caminar y haga posible que desde Panamá hasta Guatemala se consolide entre nosotros la civilización del amor.

San José de Costa Rica, Agosto de 1983

"Ante la situación en América Central",

Cincuenta Obispos latinoamericanos participantes en la Reunión general de coordinación del CELAM celebrada en Bogotá del 18 al 24 de julio pasado, considerando la grave situación de América Central, expresaron su solidaridad fraterna con estos pueblos a través de la DECLARACION: "ANTE LA SITUACION EN AMERICA CENTRAL", que ofrecemos a continuación.

"Frente a la gravísima situación de América Central, que influye en todo el continente, los Obispos latinoamericanos congregados en el CELAM para elaborar el Plan de trabajo de los próximos 4 años,

expresamos nuestra solidaridad con esos pueblos que, habiendo padecido una oprimente injusticia social aún no corregida, sufren ahora el nuevo drama de la división, el odio, el enfrentamiento ideológico con violencia, la agudizada miseria y la inminente amenaza de guerra.

Unidos a todas las voces que en nombre de la paz y de la justicia se levantan contra el armamentismo en el mundo, rechazamos especialmente el creciente flujo y tráfico de armas en esa zona, detrás del cual se esconden intereses políticos y económicos contrarios a los deseos de esos pueblos inocentes y anhelantes de paz.

Con las mayorías de esos pueblos deseamos que ni los gobiernos ni otros grupos de oposición inviten a las potencias extranjeras a intervenir en este conflicto, y que esas potencias, si ya están presentes, se retiren y si no lo están se abstengan de intentarlo; así unas y otras evitarán el fracaso repetido en otras experiencias históricas que han demostrado la ineficacia de tales intervenciones.

Nos conmueve la situación de tantos millares de refugiados y les reiteramos nuestra oración y apoyo, agradeciendo a todos los que los atienden material y espiritualmente; solicitamos absolutas garantías para su vida e integridad física. Sabemos también que muchos viven en la inseguridad y el miedo, alarmados por la destrucción de la infraestructura social y de la merma de fuentes de trabajo. Les pedimos que no desfallezcan en sus esperanzas y que confíen en que los hombres, animados por la buena voluntad y las aspiraciones superiores, pueden encontrar las sendas para la justicia y la paz.

Hacemos un llamado a la confianza mutua para que se retome el camino del diálogo y de las negociaciones indispensables que logren obtener una paz sólida y duradera, la reconciliación entre hermanos y la reconstrucción del tejido social de esos pueblos.

Apoyamos todas las iniciativas y los esfuerzos de países vecinos y amigos, como también de grupos diplomáticos que trabajan para ayudar a facilitar una solución digna.

Que el Señor Jesucristo, cuya obra salvadora derribó los muros entre los hombres, y la Santísima Virgen María, Patrona de nuestros pueblos, velen sobre esas naciones hermanas, iluminen a sus autoridades y ayuden a sus Pastores para que sean constructores de la paz y de la concordia sobre la base de la justicia y el respeto a la dignidad del hombre.